

Alejo, el caballero Siete Cuartas

Leo Gardua

Image not found.

Capítulo 1

Un encuentro muy oportuno

El gallo estiró las plumas anaranjadas del cuello para entonar su cántico diario. Cuanto Alejo lo escuchó, supo que se debía poner en pie, el sol inundaba la choza. Dejó a un lado su montón de paja y miró por la ventana. Todo estaba en su sitio: los cerdos, el barro, las gallinas y las herramientas de su oficio.

Tras desayunar gachas de maíz, dio de comer a los cerdos y les sacó a pasear. Bostezaba perezoso, los días le parecían iguales. Pero en su interior sabía que no sería granjero toda la vida. Él sería caballero. Era un extraño fuego que ardía dentro de él, algo que no sabía explicar.

Trabajar no le molestaba, lo que le dolían eran las burlas. Cuando comentaba su propósito de hacerse caballero todos, excepto su madre, se reían de él:

—¡Como vas a ser caballero tú, si apenas levantas siete cuartas del suelo!

Y es que, Alejo, era un chico pecoso y muy bajito para su edad, apenas medía siete cuartas de altura. “Siete Cuartas, eres el último en enterarte cuando llueve” se burlaban los aldeanos.

Sin embargo, en lo más profundo de su corazón, Alejo sabía que algún día sería un caballero, lo repetía en voz baja antes de echarse a dormir en su montón de heno.

Un largo día tras otro cuidaba de sus cerdos, gallinas y el resto de la granja, hasta que una mañana que recogía trigo con su rastrillo, divisó en el horizonte una figura singular. Afinó su mirada y distinguió un gorro puntiagudo, sólo podía tratarse de un hada. Él y sus padres se abrazaron con ilusión: quizá les concediese algún deseo.

Cuando se acercó, descubrieron que el hada era una anciana: usaba su varita como bastón, su pelo era canoso, le dolían los riñones y le faltaban tantos dientes, que su boca parecía un serrucho. A pocos pasos de ellos, levantó la mano con ademán de hablar, y en ese momento, ¡pataplán! Se resbaló con el fango y cayó de bruces al barro.

La familia se apresuró a ayudarla. El hada se levantó, casi no se veía el color blanco de su atuendo que quedó cubierto de marrón. La madre de Alejo corrió a por un trapo para limpiarla. Cuando le quitó gran parte de la

porquería, la invitó a sentarse cerca de las brasas.

—Gracias —dijo el hada—. Me han dejado limpiita y caliente, se nota que sois buena gente. Soy el hada Empanada y voy al castillo del rey Chorlito, ¿sabéis si voy por buen camino?

—Sí —respondió el padre— pero aún os queda bastante trecho. Podéis quedaros a comer si queréis, tenemos queso y pan para todos.

—Muchas gracias, pero debo continuar mi camino con urgencia. Quiero llegar al palacio y camino muy despacio.

El hada se levantó para irse y durante un instante reinó el silencio. El padre no sabía cómo expresar lo que quería, pero, poco a poco, comenzó con timidez:

—¡Eh...! Veréis... habíamos pensado que como vos sois un hada...

—¡Ya! Habíais pensado que como soy un hada, os concedería un deseo. ¡En todas partes me pasa lo mismo! Sean pastores, granjeros, nobles o pigmeos, todos me piden deseos. A un barbero no le piden que saque muelas gratis allí donde fuera, ni a usted que regale cochinos a todos sus vecinos, pero a mí siempre me piden deseos.

El padre, se quedó callado, rascó los cuatro pelos que le quedaban en la cabeza y propuso:

—A cambio de los deseos, os puedo dar un cerdito.

—Eso me importa un comino, ¿qué voy a hacer yo con un cochino?

—¡Oh! Por favor...

—Está bien, aceptaré el cerdito y os concederé a cada uno un deseo. Al fin y al cabo, me habéis ayudado en mi aseo. Pero seré yo la que elija el animal.

—¡Bien! —exclamó la familia.

—Trato hecho —el hada rebuscó con la vista hasta señalar a un cerdito que merodeaba cerca de la casa. Era grande, lustroso, sonriente y coronado por un mechón de cabello rubio—. Este es el animal que quiero...

—Pero este es "Risueño", mi mejor animal. Es cómo de la familia, no puedo dároslo.

—Un trato es un trato —cerró el hada.

El padre tras meditarlo un rato y cuchichear algo en la oreja de su mujer cedió:

—Está bien.

El cerdito se levantó sobresaltado, cómo si comprendiera lo que estaban diciendo. La primera en exponer su deseo fue la madre:

—Me gustaría barrer la choza con menos esfuerzo. Todas las tardes después de trabajar, la casa se llena de tierra.

—Eso es fácil de arreglar —anunció el hada—. Al final de la jornada, debéis dejar las botas con barro en la entrada, así no manchareis la choza. Además, en lugar de limpiar toda la casa, barre sólo la mitad, después te relevará tu marido y... ¡deseo concedido!

—¡Oh! Ensuciar menos, para que sea más fácil limpiar —contestó asombrada la mujer—, y que limpie la mitad mi marido. Es una buena solución. Muchas gracias, sois un hada increíble.

—Tiene razón —observó el padre—, yo podría barrer media casa. Respecto a mí, mi vida son los cerdos y mi deseo es que me devolváis a Risueño, es mi cochinito preferido y le tengo mucho cariño.

—Está bien, ya imaginaba yo esa jugarreta —respondió el hada frunciendo el ceño—. A menudo la gente me molesta pidiéndome deseos cuando ya tienen todo aquello que quieren. ¡Deseo concedido! Puede quedarse con su cerdo querido.

El padre, tras soltar un grito de alegría, corrió a la puerta para dar un beso al cerdito.

Al fin llegó el turno de Alejo, que como no podía ser de otra forma, exclamó:

—Yo quiero ser caballero.

—Eso es más interesante... ¡Deseo concedido! Te nombraré caballero, de hecho voy al castillo siguiendo órdenes del rey y tengo el privilegio de actuar en su nombre. A ver, necesitaremos algún animal en el que podáis cabalgar... ¿Tenéis algún caballo?

Los tres negaron con la cabeza.

—¿Algún burro o mula..? ¿Alguna penca gandula? Tampoco... —y tras frotarse la barbilla concluyó— ¡Ya está! Puedes montar a Risueño, es un

cerdo grandote. Además, como no eres de gran estatura, te podrá llevar con soltura.

El hada se quitó un pañuelo que colgaba de su gorro e hizo un bonito lazo alrededor del cuello del puerco. Risueño se quejó un poco, pero pronto recobró su sonrisa habitual. Alejo, sujetándose en la tela, montó en su lomo con facilidad.

—También —prosiguió el hada—, necesitaremos algún palo o lanza, puede servir el trillo que usas en la labranza. Y algún casco para la cabeza, un viejo cazo donde tu madre cueza.

La madre corrió a sacar un cuenco de latón que probó en la cabeza de Alejo. Le estaba muy grande tapándole los ojos, así que tras unas risas, sacó otro más pequeño que le llegaba hasta la frente.

—Póntelo con el asa hacia atrás —le recomendó su madre.

El hada se acercó a Alejo que estaba montado el cerdo y armado con su trillo y su cazo, levantó la varita y pronunció:

—Yo, el hada Empanada, por la misión que me ha sido encomendada, te nombro caballero y un nuevo nombre te confiero... ¿Cómo se llama el joven?

—Alejo —respondió el padre—, pero todos le llaman "Siete Cuartas".

Alejo negó con la cabeza para indicar que no le gustaba que le llamasen así, pero ya era demasiado tarde, el hada estaba concluyendo:

—Caballero "Siete Cuartas" te nombro, con estos toques en tu hombro.

Y dicho esto, le dio tres toquitos con la varita en los hombros y en la cabeza.

—¡A mí no me gusta ese nombre! —se quejó Alejo.

—Ya es tarde Siete Cuartas —contestó el hada—. Un caballero debe conservar su nombre después de su investidura, ¿o acaso crees que a mí me gusta llamarme hada Empanada? Bueno, ahora que eres caballero, necesitas una misión. ¿Qué te parece si vienes conmigo a la corte del rey?

—¡Siiiiii! —respondió sin pensarlo.

Y en un periquete se dispusieron a partir. En ese momento, Alejo se dio cuenta de que iba a dejar a su familia. Su madre, con lágrimas en los

ojos, le reveló:

—Has nacido con el corazón de un caballero, siempre lo he sabido. El conocer un hada al servicio del rey ha sido, sin duda, un encuentro muy oportuno. Debes aprovecharlo.

—No te preocupes hijo —añadió el padre—, podemos hacer el trabajo nosotros solos, pero hazme un favor: cuida de Risueño, es el cerdo más despabilado que he tenido.

El cerdito le correspondió con un sonriente gruñido. Alejo metió el trillo en el lazo de Risueño y, tras despedirse con besos y abrazos, partieron.

Alejo oyó la voz de su madre que clamaba:

—Hijo, si algún día te aburres de palacios, princesas y aventuras, ya sabes dónde está tu porqueriza.

Y así, poco a poco, se alejaron de su hogar. Durante el largo camino, la cabeza de Alejo se llenó de dudas: ¿Se estaría burlando el hada de él? Nunca había visto un caballero montado en un cerdo. Pero viendo el gesto ceñudo de la anciana, no se atrevió a preguntar.

Capítulo 2

Los problemas del rey Chorlito

Tras una larga caminata, divisaron a lo lejos un castillo de ensueño que se levantaba sobre una pradera. Sus muros eran azulados, sus torres altas cómo montañas y sus tejados puntiagudos.

La puerta de la fortaleza estaba custodiada por dos soldados: uno era alto de ojos saltones y el otro bajito con bigote. Ambos se quedaron boquiabiertos al ver venir al hada, vieja y llena de barro, seguida por un chaval con una cazuela en la cabeza montado en un gorrino.

—¿Quién quiere entrar al castillo? —voceó el más alto.

El hada Empanada sacó un pergamino de debajo de su ropa y se lo dio. El soldado se encogió de hombros y dijo:

—No sé leer.

El bajito de bigote le cogió el papel e intentó leerlo. Lo miro, lo remiró y señaló:

—Este papel está muy sucio. No se puede leer, está manchado de barro. Un momento, esto no es barro, esto huele a... a... a excremento de cerdo.

—¡Yo soy el hada Empanada! Y este es el caballero Siete Cuartas.

Los dos soldados comenzaron a reírse al escuchar los nombres. Tanto se retorcían en su carcajeo, que no se dieron cuenta de que el hada y Alejo habían cruzado la puerta del castillo. Los soldados corrieron tras de ellos, pero pronto intervino el alguacil, un pequeño hombre vestido de negro y amarillo.

—¡Hada Empanada! Os estábamos esperando: tenemos un grave problema. Pasad, pasad.

Entraron al patio del castillo, donde se amontonaba un gentío enfurruñado: había cocineros, panaderos, sastres, campesinos, molineros y todo tipo de oficios conocidos. Todos gritaban malhumorados.

Subieron con el alguacil por una escalera de caracol hasta llegar a la alcoba real. El rey Chorlito estaba sentado en su cama, era bajito, quizás un poco más alto que Alejo. Sus manos, bajo la corona, le tapaban la cara. Alejo se dio cuenta de que lloraba cuando le vio secarse las lágrimas

con su capa roja y blanca mientras se lamentaba:

—Todos están enfadados conmigo —De repente, al abrir sus ojos azules, vio al hada y se levantó esperanzado—. ¡Habéis acudido!, necesito vuestro auxilio. ¿Pero por qué habéis subido un cerdo a mi habitación?

Todos miraron hacia Risueño, que se sonrojó avergonzado. El hada se adelantó y presentó al nuevo caballero ante el rey. El soberano miró sorprendido a Alejo y aseguró:

—Sois el caballero más raro que jamás he visto, pero en estos momentos agradezco cualquier ayuda: tengo un problema peliagudo. La bruja Apestosa ha lanzado una maldición sobre mi cámara del tesoro —aseguró mientras apretaba los puños—. Hechizó su puerta y ahora no es capaz de abrirla nadie. Lo hemos intentado todo, tirarla abajo, quemarla, cortarla con un hacha; y nada, está embrujada. Ahora no puedo pagar ni a mi pastelero, ni a mi sastre, ni a nadie de nadie, y están furiosos.

—Veamos esa puerta —exclamó el hada.

Bajaron escaleras, atravesaron pasillos y abrieron portezuelas custodiadas, hasta llegar al cuarto del tesoro. Una fornida puerta de madera protegía su interior; pero había algo chocante, se veían extraños chisporroteos de magia sobre sus maderos.

El hada se adelantó, ordenó apartarse a los soldados que custodiaban la puerta, levantó su varita y pronunció:

—¡Ábrete sésamo!

Todos guardaron un profundo silencio. Nada ocurrió.

—¡Ejem! —interrumpió el rey bastante irritado—. No pretendo ofenderos, pero esas palabras mágicas ya las hemos usado. También hemos intentado Abracadabra Pata de Cabra, Sin Salabin, Hocus Pocus y todas las comúnmente sabidas.

El hada, frunció el ceño, levantó de nuevo la varita y clamó:

—¡Destrocis maderus!

Tras un instante de silencio, la varita se iluminó emitiendo un zumbido, y... ¡zass! La varita estalló en diminutas virutas de madera quedando únicamente un pedacito de palo en la mano del hada.

Todos observaron atónitos, pero fue el rey el que rompió el

silencio:

—Lo que me imaginaba: el poder de la bruja Apestosa es mayor que el del hada.

—No es cierto —rechistó el hada—. Lo que pasa es que a un conjuro de esta condición, sólo hay dos maneras de darle solución. Una, que la persona que hizo el conjuro lo deshaga, y dos, con algún objeto de representación mágica... —El hada se quedó meditabunda—. Esto es una puerta, ¿dónde está su llave?

—Escucha hada... —volvió a intervenir el rey cada vez más enojado y chillón—, si hubiésemos tenido una llave, ¿no crees que ya la habríamos usado? ¡La llave se la llevó la bruja, nadie sabe dónde la ha guardado!

—Tranquilízate, Chorlito. Podemos averiguarlo —respondió el hada—. ¿Aún guardáis la vieja bola de cristal?

—¡Ah, claro! La bola de cristal. Estará en las mazmorras, hace años que no encarcelamos a nadie y las uso para guardar trastos.

De nuevo recorrieron variopintos pasillos y escaleras hasta que salieron al jardín, donde los acreedores increparon al rey. Allí, cerca de una fuente que elevaba el agua creando formas de animales, abrieron una puerta engarzada en la tierra, que descendía hacia un lugar oscuro y húmedo donde se escuchaban unos sollozos lejanos. El rey cogió una antorcha y comenzó a bajar las escaleras de piedra.

El fuego iluminó las celdas del calabozo, repletas de los más diversos cachivaches: caballitos de madera, sillones, armaduras herrumbrosas, cacerolas, un enorme cuadro de un unicornio, telas polvorientas, herraduras, un sapo de oro y un largo etcétera.

Cuanto más se adentraban en las mazmorras, el llanto se oía con más fuerza, hasta que en lo más profundo de la prisión encontraron a Dulce, la joven princesita, que lloraba sin consuelo. Al verles venir, se levantó. Era un poco más bajita que su padre, casi como Alejo. Tenía el pelo largo y marrón y una cara muy amable. El rey se acercó a ella:

—Dulce, hija, ¿qué haces aquí, por qué lloras?

—Estoy escondida, toda esa gente de allí arriba me pide dinero. Yo ya les he dicho que no podemos abrir la puerta del tesoro, que deben esperar, pero ellos están muy enfadados.

—No te preocupes hija, mira, he traído al hada Empanada y al

caballero Siete Cuartas para que nos ayuden.

—Perdón, señor —interrumpió Alejo—. Preferiría que no me llamase Siete Cuartas.

—En este reino —le recordó el rey— nadie se puede cambiar el nombre. Las leyes lo dicen, así que, guardad silencio.

—Sí, señor —respondió Alejo. Después, volviéndose hacia la muchachita aseguró—. No os preocupéis princesa, el hada y yo os ayudaremos. Ya veréis como pronto se arregla todo.

Dulce sonrió al ver a Alejo y se acercó a él.

—Muchas gracias ¡Que cerdito tan gracioso! Sois el caballero más simpático que he conocido.

Excepto su madre, la gente no solía decir cosas bonitas a Alejo, que se quedó mirando a la princesa sin saber que decir.

El rey abrió una celda y comenzó a buscar entre una variopinta cacharrería de trastos que se agolpaban en su interior. El hada, que miraba incrédula, se quejó:

—¡Pero cuantas tonterías! Cuando dinero malgastado en cosas que nunca usáis... ¿Sabéis qué se me ocurre? Que a los tenderos alborotados, podéis pagarles con estos objetos variados.

—Buena idea —respondió el rey—. Así dejaré espacio en el calabozo para cuando capture a la malvada bruja. ¡Ah!, encontré la bola.

El rey trajo una esfera de cristal cubierta de polvo. Sopló sobre ella desencadenando una nube gris que fue a parar a la cara de Risueño. El cerdito estornudó con brío arrojando unas babas a la cara del monarca, que se limpió con la manga mientras miraba de mala gana al cerdo.

El hada se apoderó de la bola, agitó la mano sobre ella y surgieron unas rayas grises en su interior.

—Debe de estar mal sintonizada —murmuró mientras giraba una tuerca que había en la base de la bola.

Poco a poco, se distinguió una imagen en el interior de la esfera: una señora de piel verdosa, vestido negro y un largo gorro picudo. Estaba acomodada en un sillón y miraba a otra bola de cristal donde se les veía a ellos pero en pequeñito. De pronto, la bruja se levantó del sofá y se

acercó. Su cara llenó toda la bola y dijo:

—Hola hermanita, ya sabía yo que te llamaría ese berzotas del rey Chorlito. Me imagino que estarás buscando la llave de la cámara del tesoro... Pues te voy a decir donde está: después de cogerla, monté en mi escoba y volé hasta lo más alto de la montaña Indómita, y allí la dejé, en el colchón de oro donde duerme un dragón escupecfuego amigo mío. No pienso sacarla de allí, hasta que el rey me pida disculpas. Así que, hasta la vista.

La imagen se desvaneció en un humo verdoso que inundó el interior de la bola. El hada examinó la bola y, no sabiendo que hacer ya con ella, la dejó a un lado.

El rey se echó las manos a la cabeza y se lamentó:

—La montaña Indómita, jamás nadie ha podido subir a ella. La ruta está cubierta de hielo y en ella habitan los hombres de las nieves: unos monstruos de pelo blanco, muy altos, que atacan a los caballeros que osan a entrar en sus tierras. Y por si esto fuera poco, en la cima duerme un dragón escupecfuego.

—Señor —interrumpió el hada—, mi hermana ha dicho que si le pedís perdón sacará la llave, ¿me podéis explicar que ha pasado?

A Alejo le sorprendía que la bruja fuese hermana del hada, aunque es verdad que guardaban un cierto parecido. Sus pensamientos fueron interrumpidos por el rey que contestó:

—Tu hermana me pidió algo totalmente imposible y, por supuesto, se lo negué. No me doblegaré ante una bruja por poderosa que sea. Mañana mismo convocaré a todos mis caballeros para proponerles ésta misión. Mientras tanto, seguiré tu consejo y pagaré a mis deudores con los cachivaches.

Alejo miró a la apenada princesa y aseguró:

—Mañana partiré a por la llave y pronto podréis recuperar vuestras pertenencias.

La princesa asintió con la cabeza, después, todos subieron al jardín.

El hada y Alejo pasaron la tarde viendo como el rey saldaba sus deudas a base de trastos. Los súbditos cargaban contentos sus nuevas y extrañas pertenencias: el pastelero con una armadura, el sastre con un

puchero y así, poco a poco, volvió la normalidad al castillo.

El recién adquirido cuadro del unicornio desentonaba con la decoración de la posada en la que cenaron. Risueño se quedó fuera bebiendo agua en una fuente. Al tomar un guiso de setas, el hada Empanada miró a Alejo y aseguró:

—Sé lo que piensas.

—No sé a qué os referís.

—Crees que soy un hada inútil, que no soy capaz de hacer un buen hechizo.

—Bueno, yo no he dicho nada.

—Pero lo veo en tus ojos. Desde que me viste en tu choza, piensas que soy una patosa.

—Bueno, es que por ahora no habéis realizado ningún gran hechizo.

—¿No? Y el transformarte en caballero.

—¡Oh, miradme! Soy un niño pecoso montado a lomos de un cerdo.

—A un caballero no se le distingue por su ropa, sino por su corazón.

—Pero ni siquiera tengo armadura.

—Te demostraré algo, para ello te invito a un pastel; pero mantén tus ojos y tus oídos atentos.

Cuando entraron en la confitería Alejo se quedó atónito: entre un sinfín de tartas, dulces, pasteles y bollos estaba el pastelero vestido con una antigua armadura, sobre ella, llevaba su gorro alargado de chef. El hada sonrió, avanzó hacia él y comentó:

—He oído que aquí hacen los mejores bollos del reino.

—Así es —resonó una voz metálica dentro de la armadura.

—Pero no entiendo, pensé que vos erais el pastelero, no caballero.

—Y soy el pastelero —prosiguió la voz metálica—. Es que el rey me ha pagado con esta armadura que perteneció a mi abuelo y me hace ilusión ponérmela; pero yo estoy orgulloso de hacer pasteles: ¿qué desayunarían

si no los habitantes de la ciudad?

—Tenéis razón —respondió el hada—, todo trabajo es honrado y digno. Y ya que estamos aquí, ¿podrías darnos unas magdalenas? Parecen estar muy buenas.

—¿Magdalenas?, las tenía por aquí.

El pastelero se volvió, pero al andar torpemente por la armadura, tiró al suelo una estantería. Se levantó la visera para poder ver: la armadura le quedaba grande, ya que sus ojos apenas asomaban por donde debería estar la boca. Al agacharse a recoger la estantería, la visera de nuevo se cerró. A ciegas, cogió una madera del suelo y la intentó levantar, dando un golpe en el mostrador, que cayó al suelo junto a las tartas y los merengues que contenía.

La mujer del pastelero, al oír el destrozo, bajó desde el piso de arriba gritando:

—Te dije que te quitaras esa estúpida vestimenta. ¡Menudo estropicio has montado!

El pastelero, apesadumbrado, se quitó el casco para poder ver mientras soportaba el chaparrón de críticas que salía de la boca de la mujer.

—Tienes razón, cariño. No volveré a atender a nadie de esta guisa, la dejaré para pasear.

Alejo y el hada cogieron un bollo cada uno y otro para Risueño, pagaron y se despidieron. Comieron los dulces en los jardines del palacio y, cuando terminaron, el hada dijo:

—Si quieres una armadura de acero, puedes pedírsela prestada al pastelero.

—Si a él le está grande, a mí me estaría enorme; además, os hice caso manteniendo los ojos y los oídos atentos, creo que he aprendido la lección: el llevar una armadura no te convierte en caballero, el pastelero llevaba una y seguía siendo un pastelero.

—Como te dije, el ser un caballero es algo que está en el corazón, no en una armadura. La magia me llevó ante ti, porque eres una persona bondadosa, y eso está por encima de cualquier otra cosa. Mañana el rey os juntará a todos los caballeros y os encomendará una misión, pronto, será puesto a prueba tu valor. Con tu cazo, tu cerdo y tu rastrillo puedes dormir bajo este árbol centenario, yo te despertaré cuando lo crea necesario. Si quieres, puedes comer alguna de sus naranjas para

desayunar, tienen un sabor espectacular.

Dicho esto, el hada se perdió tras uno de los muros del jardín.

Alejo, nervioso, no podía dormir, además, Risueño no paraba de roncar. Sintió unos pasos cerca y miró sobresaltado. Era Dulce, la princesa, que traía dos mantitas de lana, una para él y otra para Risueño.

—Muchas gracias, mi princesa —dijo Alejo mientras echaba una de las mantas sobre el lomo de Risueño.

—Tienes que descansar, Alejo, mañana tendrás un día muy duro. Por un lado me da miedo que vayas a la montaña Indómita, pero por otro, me gustaría que consigueses tú la llave de mi padre.

—¿Para recuperar vuestras pertenencias?

—No sólo por eso. Al caballero que consiga realizar la misión con éxito se le entregará el anillo real. Según el libro de las leyes, el anillo se puede cambiar por un favor especial del rey.

—¿Favor especial, cómo cuál?

—Pedirle un puesto en la corte o la mano de la princesa... —contestó Dulce mientras se sonrojaba.

Aún avergonzada, se despidió fugazmente y volvió a su habitación.

Alejo se arropó con su manta, puso una mano bajo su cabeza y, finalmente, durmió.

Capítulo 3

Aventuras sobre un cerdito

El sol del nuevo día iluminaba las flores y árboles del jardín.

—¡Alejo, despierta! Debes ir a la puerta del castillo —voceaba el hada Empanada mientras le movía el hombro.

—¿Dónde estoy? —preguntó entre bostezos.

—La Asamblea Real está a punto de empezar.

Alejo cogió un par de naranjas, despertó a Risueño y fueron hacia el portón de madera. Allí se habían congregado todos los caballeros del reino. El rey les hablaba desde el balcón. Al llegar Alejo, el monarca hizo una pausa y le presentó:

—¡Atención, señores! Os presento a Siete Cuartas, un nuevo caballero.

Los guerreros rompieron a reír cuando oyeron su nombre y comenzaron a burlarse:

—Siete Cuartas, ¿seguro que mide las siete?

—¡Monta en un puerco! Más que un caballero es un puerquellero —añadió un soldado regordete.

—Además, no viste armadura —señaló un caballero que tenía una nariz descomunal sobre un pequeño bigote—, tiene un cazo en la cabeza y un rastrillo en la mano. Si necesitamos que alguien recoja el trigo del pueblo, ya sabemos a quién podemos mandar.

Alejo agachó la cabeza y, junto a Risueño, se apartó a un rincón.

El rey no hizo caso de lo que decían sus hombres y prosiguió:

—Como todos sabéis, la bruja Apestosa ha robado la llave de mi cámara del tesoro y ha lanzado un hechizo sobre la puerta. Gracias al hada Empanada, sabemos que la llave está en la cima de la montaña Indómita.

Esta última frase hizo enmudecer a los caballeros. El de la nariz larga se

adelantó y señaló:

—Pero, señor, en la montaña Indómita viven los hombres de las nieves. Son unas criaturas salvajes y...

—Todos sabemos que los hombres de las nieves no atacan a las personas —explicó el rey.

—A menos que intentes entrar en su montaña —insistió el caballero narigudo.

—¡Ya! —exclamó el rey enfadado—. Te da en las narices que va a ser una misión difícil.

Los caballeros rompieron a reír cuando el rey hizo alusión al narigón del caballero.

—Además —prosiguió el rey—, aún no he mencionado lo más difícil de todo: en la cima de la montaña duerme un dragón escudefuego, amigo de la bruja. En su lecho de oro, guarda mi llave.

Los caballeros se asustaron al oír lo del dragón, el gordito incluso tembló. El rey, observando el desánimo, terminó su discurso:

—Sé que la misión es peliaguda, por ello recompensaré al que me traiga la llave con el anillo real, que como todos sabéis, hace que yo conceda un deseo, sea el que sea, siempre que esté en mi mano.

Estas palabras animaron a los caballeros que empezaron a soñar con ser príncipes, tener más tierras o casarse con la princesa. Reconfortados por estas palabras, los caballeros pusieron rumbo a la montaña Indómita.

La comitiva atravesó bosques repletos de aves y animales que surgían de la arboleda para curiosear. Alejo iba el último, ya que su cerdito no corría tanto como los caballos. Tras varias horas de camino, divisaron a lo lejos la enorme montaña cubierta de nieve. En el pico más alto se vislumbraban unas rocas negras humeantes.

Salieron del bosque al llegar a una planicie de tierra oscura manchada por algunos árboles retorcidos. Unas nubes negras tapizaban el cielo, el viento era más fuerte y apenas se veía algún pequeño roedor.

Un gran letrero de madera desgajado, que parecía tener forma de cabeza de monstruo, advertía: “¡Peligro! A partir de aquí habitan los hombres de las nieves”. Los caballeros sintieron un nudo en el estómago y algunos se dieron la vuelta, poniendo como pretexto el cansancio de sus caballos.

Los que continuaron llegaron a un caminito que ascendía hasta la cumbre. El camino se empinaba y cayeron grandes copos de nieve que pronto lo cubrieron todo.

Los caballos se escurrían en el hielo con sus herraduras y Risueño no paraba de temblar de frío, así que, Alejo lo cubrió con la manta que le había regalado la princesa.

El pobre caballo que cargaba con el guerrero regordete apenas podía caminar y se hundía en la nieve. Alejo, que pasaba a su lado, le preguntó:

—¿Puedo ayudarte?

—No, me vuelvo al castillo. Esta misión no es para mí. Además, no necesito el anillo real.

El guerrero se dio la vuelta con fanfarronería, pero Alejo pudo ver en la distancia como rompía a llorar.

Unos pasos adelante, escucharon gruñidos. Alejo miró colina arriba y vio a unos animales muy altos que no paraban de aullar. Eran una mezcla entre oso y mono, pero blancos y con diminutos cuernos en las cabezas.

Los caballeros sacaron sus espadas gritando:

—Los hombres de las nieves, a por ellos.

Los hombres de las nieves eran más altos que los guerreros sobre sus caballos y sus pieles eran duras, por lo que las espadas no les hicieron ningún daño. Sintiéndose atacados, los monstruos empujaron a los caballeros, haciéndoles caer de sus monturas y rodar sobre la nieve montaña abajo.

Uno de esos gigantes se acercó a Alejo con intención de empujarle, pero Risueño, que con sus pezuñas se agarraba bien al suelo, pudo escapar. Otro hombre de la nieve salió a cortarles el paso, pero Alejo azuzó a su cerdito y, agachando la cabeza, se colaron entre las enormes piernas.

Finalmente, tras mucho correr, dejaron atrás a los monstruos y avanzaron hacia la cima.

Alejo miró hacia atrás sin avistar a ningún otro caballero, parecía que estaba sólo. Pero cuando llegaba a la cima, distinguió en la nieve unas huellas humanas. Bajó del cerdito y decidió seguirlas. Las pisadas terminaban cerca de las rocas de donde salía el humo, allí, escondido tras

una gran piedra, encontró al caballero de enorme nariz:

—¡Hombre, el chico del cerdo! No pensé que tú pudieras llegar hasta aquí.

—Pasé entre las piernas de los monstruos, como soy más bajito.

El caballero rompió a reír, después, le miró y comentó:

—A mí me tiraron del caballo, pero me enganché a la nieve con mi nariz, he subido andando. ¿Ves el humo que sale de aquella roca? Sin duda, es la guarida del dragón. Iré a enfrentarme a él, espérame aquí.

—¡Un momento! Yo también iré, soy tan caballero como tú.

—¿Tú? ¿Y con qué vas a atacar al dragón, hijo, con tu rastrillo? Mira, niño, para luchar contra un monstruo hace falta una espada de verdad como esta.

Y tras decir esto, desenfundó una espada larga y brillante con la que hizo un ágil aspaviento. Alejo, paralizado por aquellas palabras, se quedó pensativo mientras el caballero avanzaba hacia la guarida del dragón.

De repente, la tremenda cabeza del dragón surgió de la cueva. Sus escamas eran verdes oscuras y sus ojos desprendían una fosforescencia rojiza. El caballero levantó su arma para asestar un mandoble, pero el dragón fue más rápido y lanzó una bocanada de fuego sobre la espada, dejándola al rojo vivo.

Tras unos instantes de silencio, el caballero soltó el sable y comenzó a gritar: la espada estaba tan caliente que traspasó el ardor a parte de la armadura. Saltó sobre la fría nieve dejando escapar un suspiro de alivio mientras la nieve se derretía bajo él. Poco a poco, el peso de su armadura hizo que se escurriese, desapareciendo cuesta abajo con un interminable grito.

Alejo se llevó la mano al mentón. Tras reflexionar, se quitó el cazo de la cabeza y lo llenó de nieve. Se acercó con cautela a la caverna, el corazón le latía muy deprisa.

Cuando el dragón, que dormitaba sobre cientos de objetos dorados, escuchó los pasos que se acercaban, abrió sus ojos chispeantes y se abalanzó furioso hacia el exterior. Reparó en Alejo y abrió sus fauces dispuesto a lanzar sus llamas, pero el niño fue más rápido. En cuanto la bestia abrió su boca, arrojó toda la nieve del cazo en su interior.

La fiera comenzó a toser, llenando toda su madriguera de humo. Alejo aprovechó la confusión para adentrarse en la cueva. El interior de la gruta

estaba lleno de joyas, oro y riquezas, y sobre todo aquello destacaba una llave con un claro chisporroteo de magia alrededor. Sin dudarlo, la cogió y salió corriendo.

Cuando llegó junto a Risueño, aún se oían las toses del dragón. Extendió una de las mantas en el suelo y saltaron sobre ella como si fuera un trineo. Bajaron tan rápido, tan rápido, que los hombres de las nieves sólo pudieron observarles extrañados al pasar.

Una vez a los pies de la montaña, montó sobre Risueño y trotó hasta el cartel que marcaba el territorio de los hombres de las nieves. Allí encontró al resto de compañeros. De las caídas que habían sufrido, algunos tenían los brazos y las piernas doloridos, y a otros se les había roto algún que otro diente. Los chichones eran variados en formas y colores. Al de la nariz grande se le había enrojecido toda la mano.

Al ver venir a Alejo con la llave, le aclamaron.

—¡Viva Siete Cuartas! —gritaban— ¡El mejor de nuestros caballeros!

Cuando lo estaban celebrando, un gran alarido se escuchó en lo alto de la montaña. Era el dragón, que desapareció volando por el cielo. El caballero de la gran nariz comentó:

—Posiblemente vaya a advertir a su amiga la bruja Apestosa. Debemos acudir pronto a palacio.

Capítulo 4

El anillo real

Regresaron al castillo con alegría. Alejo fue recibido con todos los honores. El hada le dio un fuerte beso y el rey, cumpliendo su promesa, anunció que a la mañana siguiente le otorgaría el anillo real, que podía ser canjeado por un favor del monarca.

Alejo se dispuso a pasar la noche bajo el viejo naranjo del jardín. Puso la manta limpia sobre Risueño, que ya tenía los ojos cerrados, mientras murmuraba:

—Te la has ganado, amigo.

Cogió la manta que le había servido de trineo, rota y sucia, y se la echó por encima, pero antes de cerrar los ojos, oyó una voz que le llamaba. Era Dulce, la princesa.

—¡Alejo, Alejo! Pasa al castillo, mi padre ha dispuesto la alcoba de los invitados.

Le dio pena despertar a su cochinito, así que, subió sólo por la escalera principal. El rey y la princesa le condujeron a una habitación muy coqueta con una gran cama azul y una mesita con un racimo de uvas. Desde la ventana podía ver a Risueño durmiendo bajo el naranjo. Se preguntó si estaría soñando con las aventuras que habían corrido durante el día o con sus apacibles días en la granja.

La princesa se fue y Alejo quedó a solas con el rey que aprovechó para comentar:

—Creo que le gustas a mi hija y pronto tendrá que contraer matrimonio. Sé que ella aceptaría de buen grado que cambiases el anillo por su mano, y yo también sería feliz con ello.

—¿El anillo...? No sé si eso estaría bien.

—¿Por qué no habría de estarlo?

—Porque la gente se debe casar por amor y no por un anillo.

—Quizás tengas razón, pero ella es la princesa y, si no se casa pronto, nuestra ley dice que tenemos que organizar un torneo para que se

despose con el ganador.

—¡Pero eso es una barbaridad!

—Lo sé, Siete Cuartas, y dado que tú eres el único caballero que le gustas, he pensado que podrías aprovechar el anillo para pedir su mano. Piénsatelo. Buenas noches.

A la mañana siguiente, los carpinteros construyeron una plataforma de madera donde se entregaría el anillo. Todos los vecinos se congregaron para presenciar el evento.

Unas notas de trompetas resonaron en el patio y el alguacil anunció al rey. Chorlito apareció pomposamente, tomó a Alejo de la mano y subieron a la plataforma. La multitud aclamaba a Alejo:

—Viva el caballero Siete Cuartas —gritaban.

El rey hizo un gesto para silenciar a la muchedumbre e inició el discurso:

—Como todos conocéis, el anillo real es el mayor honor que consigue un caballero. Siete Cuartas no es un caballero común pero en los pocos días que lleva con nosotros...

El rey enmudeció al ver la alargada sombra del dragón sobre ellos. La bestia aterrizó hundiendo sus garras en la madera y de su lomo escamoso descendió la bruja Apestosa. El rey huyó a un rincón del escenario mientras la bruja le apuntaba con la varita mágica y gritaba:

—Rey Chorlito, ha llegado tu hora: te lanzaré la maldición de los huevos fritos. A partir de ahora, todo lo que toques se convertirá en huevos fritos.

La varita de la bruja comenzó a resplandecer, pero antes de que pudiera terminar el hechizo, la voz del hada Empanada resonó en el jardín:

—¡Destrocis maderus!

Un rayo brotó de la varita rota del hada hasta la varita de la bruja que se rompió en mil pedazos.

—Mi varita —clamó la bruja— ¿Por qué la has destruido?

El hada Empanada subió a la tarima, se acercó a su hermana que lloriqueaba de rabia y la riñó:

—No podía permitirte que lanzases la maldición de los huevos fritos, recuerda lo peligroso que fue la última vez. Además, ¿qué te ha hecho el

rey Chorlito para que estés tan enfadada con él?

—¿Qué que me ha hecho? Me llaman bruja, y no sólo eso, me llaman Apestosa... a mí, que me baño todos los días con esencia de rosas y babosas.

Alejo se acercó a la bruja, la olfateó un poco y dijo:

—Es verdad. Huele a rosas y, un poco, a babosa.

El rey, rojo de cólera, gritó:

—Ya sé que no quiere llamarse así, a mí tampoco me gusta llamarme Chorlito.

—Ni a mí caballero Narizotas —dijo el caballero de la nariz grande.

—Ni a mí caballero Gordito —añadió el más orondo.

Cada uno de los caballeros fue diciendo su nombre, casi todos eran ridículos, ofensivos y despectivos. Alejo se sintió aliviado al ver que todos tenían mote. Entonces, se armó de valor e intervino:

—¿Por qué tenéis esos nombres?

—Es la ley —aseguró el monarca—. Yo me llamo Chorlito tercero, porque mi padre era el rey Chorlito segundo. A mí me gustaría llamarme Gaspar, como mi tatarabuelo, pero las ordenanzas dicen que no puedo. Y la ley no se puede cambiar.

—¡Un momento! —exclamó Alejo—. Yo sí que puedo cambiarla, puedo canjear el anillo real por un cambio en las normas.

—¿Harías eso por nosotros? —preguntó el rey—. Renunciarías a casarte con la princesa, tesoros, tierras o títulos, sólo por ayudarnos.

—Por supuesto, señor, yo me armé caballero para ayudar a los demás, no por el oro o los títulos.

—En verdad eres grande de corazón, caballero Siete Cuartas. Voy a buscar el libro de las leyes para consultarlo.

El rey sacó un gran libro de su aposento, lo abrió ante la expectación de todos los presentes, buscó por la letra "A" de anillo y leyó:

—"El anillo real, la máxima distinción para cualquier caballero, podrá ser canjeado por tierras, títulos nobiliarios, favores reales y en casos extraordinarios podrá utilizarse para cambiar las leyes, siempre y cuando

este cambio no beneficie a la persona que entrega el anillo”.

Los caballeros del reino murmuraron decepcionados, pero pronto Alejo levantó el ánimo:

—No importa, yo no me cambiaré el nombre, ya me he acostumbrado a lo de Siete Cuartas, pero no voy a consentir que siga en vigor una ley tan cruel. Tened rey, os devuelvo el anillo con la condición de que cada cual tenga el nombre que quiera.

La gente estalló de júbilo y vitorearon de nuevo a Alejo que se volvió hacia la bruja Apestosa y comentó:

—Además, permítame un consejo Bruja Apesto..., perdón, ¿cómo queréis que os llame?

—Llámame Juana, que es mi nombre de ciudadana.

—Bien, señorita Juana, os recomiendo que quitéis la esencia de babosas de vuestro baño y os quedéis sólo con las de rosas, que huelen mejor.

— ¿Y qué os parece de rosas y romero, pequeño caballero?

—Mucho mejor... Además, si vistieseis de otros colores y sin ese gorro negro y picudo, quizás la gente no os confundiría con una bruja.

La bruja le dio las gracias por su consejo y ese mismo día se dio un baño. Y al no usar esencia de babosa, su piel mudó del verde al rosa.

Antes del anochecer casi todos habitantes del reino cambiaron sus nombres ofensivos por otros como: Carlota, Eduardo, Raúl, Mirian o Ernesto. Estaban muy agradecidos a Alejo por el esfuerzo realizado, la única que parecía decepcionada era Dulce, la princesa, que hubiera preferido que Alejo hubiera pedido su mano con el anillo.

Esa noche, después de una gran fiesta, el hada Empanada y la Bruja Apestosa, que ahora se llamaban Ana y Juana, fueron a visitar a la princesa. Ella les explicó que estaba triste porque Alejo no había pedido su mano y ahora se tendría que casar con el ganador de un torneo. Las hadas, tras escucharla, le dieron el siguiente consejo:

—Como dice la ley, organiza un torneo, pero en lugar de peleas entre caballeros en las que sólo ganaría el más bruto, pon otra prueba: por orden de edad deberán intentar recoger con su arma uno de tus cabellos que depositarás en el suelo.

Capítulo 5

El torneo

Siguiendo las indicaciones de la princesa, el rey convocó a todos los caballeros con sus armas y rocines en la verde explanada a los pies del castillo.

Era un día soleado y sin viento, el monarca se acercó a la princesa, le arrancó un pelo y lo dejó sobre la hierba. Alineó a todos los caballeros por edad, Alejo era el último de la fila por ser el más joven. Después, explicó las reglas:

—Vencerá aquel caballero capaz de atrapar el pelo con su arma sin descabalar de su montura.

Todos intentaron atrapar el pelo, unos al trote y otros al galope. Algunos rompieron sus lanzas en el suelo, otros se cayeron al intentarlo. El caballero de la larga nariz, que era muy mañoso con la espada, tras una floritura con su arma, levantó el pelo del suelo, pero este se escurrió y volvió de nuevo a la hierba.

—Es del todo imposible —pensó el rey.

Cuando sólo quedaba Alejo, montó en su cerdito y, con un calmoso trote, recogió el cabello con su rastrillo, tal y como lo hacía con el trigo de sus padres. Llevó el pelo a la sonriente princesa y la pidió matrimonio. Ella, cogiendo el pelo, respondió afirmativamente. Los caballeros, que aún estaban agradecidos por el favor que les había hecho Alejo, lejos de sentirse derrotados, le aclamaron alegres, porque al casarse con la princesa, sería su futuro rey. Risueño sacaba pecho con orgullo.

El rey, que ahora se llamaba Gaspar, anunció el enlace real junto a los padres de Alejo, que vinieron volando sobre el lomo de su nuevo amigo el dragón.

Las hadas, que eran amigas de hacer rimas, compusieron una canción en su honor. Los habitantes del reino la entonaron durante muchos años, recordando como el más pequeño de los caballeros consiguió la mayor de las hazañas con un cazo, un trillo y un cerdito.

NOTA FINAL

Yo no sé si esta historia es real o no, aunque el tío de un abuelo de mi prima me dijo que sí lo era. Lo que sí sé es que, hace muchos años, los países del mundo se pusieron de acuerdo en una cosa: toda persona tiene derecho a un nombre digno y a no ser llamado con mote ni apodos ofensivos.

Contacta con nosotros: jforientacion@gmail.com